

LA LOCURA DE LA CRUZ Y EL DESAFÍO AL IMPERIO

Profesor Carlos Gil Arbiol

Aula de Teología
21 de Octubre de 2008

Muchas gracias por invitarme de nuevo a venir a este Aula de Teología, para hablar, en esta ocasión, de un tema tan apasionante como el de adentrarnos en el mundo y en las particularidades teológicas vitales de un personaje de la trascendencia de San Pablo de Tarso.

Ojalá que este año paulino, en el que ya estamos, sea una oportunidad para recuperar la figura de San Pablo quien, desde mi punto de vista, ha sido un poco olvidado en la tradición cristiana, debido a diferentes razones, entre ellas ciertas lecturas en el tiempo de la Reforma con Lutero y algunos seguidores; y también debido a una cierta marginación en la liturgia cristiana; pocas veces escucharán en las homilías de las celebraciones dominicales una palabra sobre la lectura de Pablo, mientras sí se hace sobre la del AT, siempre más en relación con el Evangelio, sobre el que es más fácil predicar.

Quiero centrar esta conferencia en el pensamiento, la cristología y la teología paulina, y algo que tiene que ver también con la antropología; todo ello muy unido, pero sin que suponga dar una clase sobre estos temas.

Aunque ya lo habían apuntado otros antes que él, Pablo desarrolló su interpretación de la cruz de tal modo que, lo que comenzó siendo una secta judía, se convirtió en lo que hoy conocemos como el cristianismo. Hay un potencial tan grande de transformación en las intuiciones que están detrás del pensamiento de Pablo que, probablemente no me equivoco si digo que, en su peculiar comprensión de la cruz, no sólo nos acercamos a lo más genuino del corazón de Pablo sino que nos acercamos verdaderamente al corazón del cristianismo.

Creo que un modo acertado -si bien no el único, ni quizás el mejor- de acercarnos a esta particular concepción que Pablo tiene de la cruz, es situarla en relación al contexto grecorromano, e intentar ponerla en diálogo únicamente con el tema del culto al emperador y la teología imperial, comentando algunos aspectos de lo que eso significaba y cómo pudieron leerse en ese contexto algunos textos de Pablo, concretamente el capítulo 2 de la Carta a los Filipenses, el llamado “Himno cristológico” que muchos de Vds. conocerán de memoria.

1. *El desenraizamiento y enraizamiento de la fe en Jesús.*

Como antes les sugería, con Pablo va a llegar al cristianismo un desenraizamiento y un nuevo enraizamiento. Creo que esa referencia a la raíz puede resultar ilustrativa de lo que va a hacer Pablo.

Él se mueve siempre hacia occidente, con pequeños movimientos de ida y vuelta, pero su horizonte no está puesto tanto en el mismo occidente, como en el Imperio. Porque, lo que Pablo quiere es llevar hasta el centro del Imperio, Roma, algo que ha descubierto, con una intuición especialmente particular, como un potencial de transformación y de salvación inusitado hasta ese momento.

Si no llegó directamente hasta Roma en su primer viaje, quizás fue porque se dio cuenta de que, antes de llegar al centro del imperio, tenía que hacer ciertas paradas estratégicas que le facilitasen la llegada a la capital., lo cual suponía un cierto desafío del que Pablo creo que era consciente, pero que supo dosificar. Por ello, en ese desplazamiento hacia occidente pasará desde las regiones del Mediterráneo oriental al Asia Menor -actual Turquía- y Grecia, que van a ser sus comunidades predilectas.

Este proceso de *desenraizamiento* y *enraizamiento* lo podríamos resumir en seis puntos que voy a señalar, si bien no me voy a detener en ellos:

1. Comienza en Galilea con la predicación de Jesús, y la vuelta de sus seguidores a Galilea: *Id y decid a sus discípulos que vayan a Galilea, allí lo verán*, dice, al final del Evangelio de Marcos, el joven de blanco que se aparece a las mujeres, y de allí se desplaza hacia Jerusalén, que es el centro del judaísmo, y después hacia las ciudades de la diáspora.

Se va a producir entonces un desenraizamiento judío y un enraizamiento cada vez más grecorromano, más helenista, lo que va a suponer tener que formular la fe en Jesús en categorías cada vez menos judías.

Sobre esto también se podría discutir mucho porque siempre se pueden encontrar lecturas exageradas, y muchas veces se ha culpabilizado a Pablo de haber helenizado a Cristo y haberlo metido dentro de la filosofía, dándole así un status de conocimiento que lo oprimió.

2. Del campo palestino a las ciudades grecorromanas. El ámbito cultural del campo, del mundo rural, y el ámbito cultural de la ciudad, el mundo urbano, están enormemente distantes en este tiempo. Pablo no pisa el campo, ni siquiera la tierra que estaba en los márgenes de las vías romanas. Pablo se mueve única y exclusivamente por las ciudades, especialmente por las más importantes. Jesús, en cambio, probablemente no visitó ninguna de las ciudades importantes de Galilea; sólo Jerusalén en Judea.

Hay, por tanto, un planteamiento de misión muy diferente: el anuncio de Jesús, su mensaje, está enraizado en la cultura rural, y el mensaje de Pablo, que es Jesús, está enraizado en la cultura urbana. Esto le supuso a Pablo un enorme trabajo de traducción en todos los sentidos.

3. De la escatología inminente a la negociación con el imperio. Los primeros discípulos, incluyendo a Pablo, esperaban que Jesús, el Señor, iba a llegar de nuevo en breves momentos, en días, en meses quizás, cosa que no ocurrió.

Asumir que la parusía, la nueva llegada del Señor, se retrasaba, y que eso suponía ser “ciudadanos modelo”, supuso una transformación de enormes consecuencias ya que, hasta ese momento, los discípulos de Jesús, incluido Pablo, no se preocuparon de orientar la vida de los creyentes en Jesús para vivir en el Imperio, puesto que la vida no iba a durar más de unos días o unos meses porque, con la llegada del Señor, la historia se acababa y el juicio final comenzaba. Al no ser así, la necesidad de negociar con el Imperio y de tener puntos de contacto en los que todos ceden mutuamente, se hizo cada vez más urgente.

4. De la religión política a la religión doméstica. A partir de Pablo se da la necesaria negociación; se asumen valores culturales del entorno grecorromano y se cede también en algunos aspectos. Se va a pasar de la llamada “religión política” a la “religión doméstica”. La primera era la de Jesús, quien no pretendía únicamente la reforma de la piedad personal sino que planteaba el Reino de Dios, es decir, un nuevo modo de relacionarse los hombres y mujeres, un nuevo modo de relacionarse con Dios, un nuevo modo de ser pueblo, de ser fraternidad, no relegado a la casa, al ámbito personal, sino al ámbito político, a todo el espacio público.

A veces se acusa a Pablo de haber cambiado “la religión política” de Jesús por una “religión doméstica”, es decir, limitada a la casa, donde lo único que importaba era cómo se llevaban entre sí hombres y mujeres, padres e hijos, amos y esclavos... Algunos textos podrían dar esa impresión, pero es una lectura que yo considero muy errónea y que ha tenido consecuencias nefastas para la historia de la Iglesia, del cristianismo y, probablemente también, para la historia universal. Si Pablo tiene hoy muchas etiquetas negativas fuera de ámbitos creyentes, no es por culpa de los no creyentes sino, en gran medida, por una lectura equivocada por parte de los creyentes, no necesariamente ahora, sino a lo largo de la historia.

5. De la tradición oral a la tradición escrita. Pasar, de lo que se transmitía de boca en boca, a poner por escrito la tradición de Jesús, lo que va a suponer que esa tradición deje de ser algo vivo.
6. Del modelo de secta al modelo de culto. El modelo de secta es el que pervive en Palestina; son creyentes en Jesús dentro del judaísmo; por tanto, ser judíos forma parte de su identidad de creyente en Jesús. Así es como lo viven y hay muchas tradiciones como el evangelio de Mateo, la Carta de Santiago, etc.

Hay otros, a los cuales va a representar Pablo, que van a entender su identidad cristiana más allá de las fronteras del judaísmo; es decir, va a poder ser creyente en Jesús tanto el judío como el pagano, el hombre como la mujer, el esclavo como el libre... Más aún, incluso, tanto el moralmente bueno como el moralmente malo...

Probablemente uno de los elementos de mayor éxito misionero de Pablo será este último elemento de inclusión, es decir, dar una oportunidad que nadie antes había dado, a los considerados “moralmente malos” por el hecho de ser impíos y, por tanto, excluidos de cualquier acceso a la religión o al mundo cívico.

En este proceso de *desenraizamiento y enraizamiento de la fe en Jesús*, Pablo tuvo que hacer un esfuerzo titánico para formular el evangelio en un lenguaje –no sólo en una lengua- verdaderamente nuevo, lo que suponía también tener que negociar, pues en ocasiones, al formular las cosas de un modo distinto, tendría que adaptarlas. La clave en estos casos no está en pensar en lo que se pierde -si hay algo que se pierde- sino en lo que se gana... En este sentido, ¡cuánta posibilidad de futuro le dio Pablo al cristianismo con la traducción que hizo del evangelio en sus propios términos!

2. *La estrategia misionera de Pablo en el Imperio Romano*

Cuando Pablo marcha de Antioquía, y comienza su actividad misionera independiente, se va a mover, como ya he dicho antes, por las ciudades más importantes del Imperio. A Pablo no le interesan las ciudades secundarias, con poca gente, sino las más pobladas; entre otras razones porque, cuanto más densidad de población haya, mucho más fácil es anunciar el evangelio de boca en boca, máxime cuando la estrategia misionera de Pablo es, fundamentalmente, ponerse a trabajar al llegar a una ciudad. Según parece era guarnicionero y, como él mismo dice, “tiene que trabajar con sus manos” para subsistir, porque la comunidad no tenía recursos suficientes para darle de comer; así, en las reuniones gremiales contaba el evangelio, palabra que, en Pablo, tiene un sentido particular como iremos viendo.

Ahora bien, los que recibían este anuncio del evangelio, lo hacían en un contexto muy particular. Cuando Pablo les dice que tiene “un evangelio”, una “buena noticia” que anunciar, y cuando les habla de “un Señor nuevo”, del “Hijo de Dios”, ¿qué entendían los que le escuchaban, predominantemente paganos?

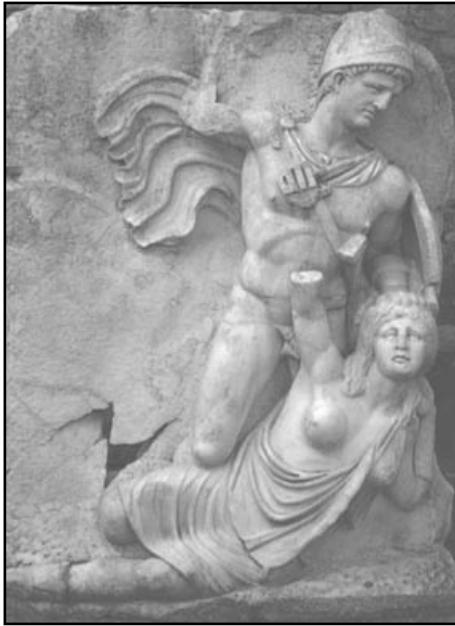
Hay que tener muy presente que las primeras comunidades que Pablo funda son de origen pagano, no judío.

3. *El culto al Emperador*

El Sebasteion de Afrodisias¹, uno de los monumentos más impresionantes, era un templo dedicado al Emperador Augusto. Los habitantes de la ciudad podían pasear por la amplia plaza y contemplar las más de 30 estatuas situadas a ambos lados a través de las cuales se mostraba el poder imperial; no solamente la megalomanía del emperador, sino la autoconcepción de Roma como una nación verdaderamente poderosa.

¹ Ciudad romana, dedicada al culto de la diosa Afrodita, muy cercana a Éfeso, y muy emergente por el comercio y por otras razones. En ella todavía siguen excavando, si bien los recursos que tiene actualmente Turquía para sacar a la luz la inmensa riqueza arqueológica que tiene, son mínimos.

La autopresentación del Imperio en imágenes y monumentos como éste, utilizaba una pedagogía y una teología que voy a comentar y que subrayo porque luego haré la conexión con la teología paulina.



En una de las estatuas del Sebasteion de Afrodiasias que se encontraban en lo que ahora son ruinas, podemos ver cómo Claudio, el emperador romano, somete a Britania, una de las naciones conquistadas por Roma, al norte de la actual Francia, representada por una mujer semidesnuda, pidiendo clemencia desde el suelo.

Claudio ejerce la fuerza; sujeta a Britania por el pelo, la tiene sometida, dominada y la amenaza, pero no llegará a matarla. La dominación supone victoria, control, pero no aniquilamiento.

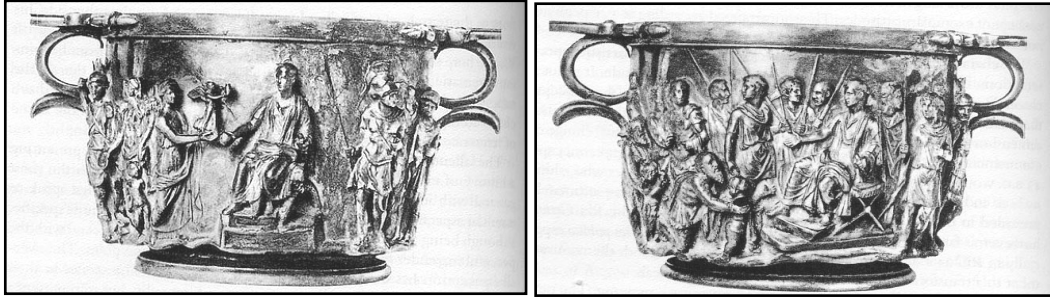
En otra estatua, el emperador Nerón, en un gesto que tiene mucho sentido, no está propiamente humillando y ejerciendo el poder, la victoria y la dominación, sino que su mano está sosteniendo a Armenia -otra de las naciones conquistadas, representada de nuevo por una mujer en el suelo, casi totalmente desnuda, derrotada y humillada- para que no se desplome del todo. De nuevo, la dominación, la victoria y el control sí, pero no el aniquilamiento.



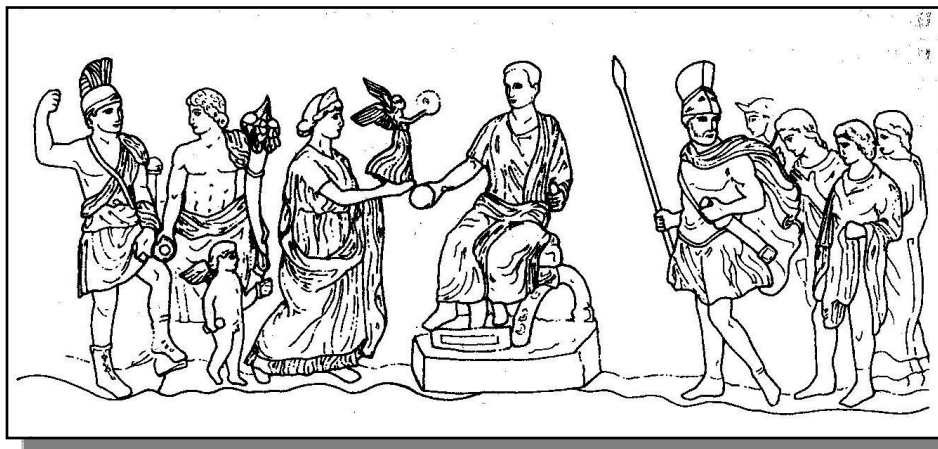
Otra de las estatuas del Sebasteion representa al emperador Claudio situado por encima de la tierra y del mar, como señor del Cosmos, con una aureola muy grande que lo “exalta a la categoría divina”, término empleado en la teología imperial, y que Pablo va a utilizar también, aunque en otro sentido.

Especialmente a partir de Augusto,

todos los emperadores van a sufrir un proceso de exaltación y de divinización que los va a colocar como señores del Cosmos, del cielo, de la tierra, de las naciones, de modo que todo está bajo su dominio; un dominio que supone victoria, poder, control, pero no aniquilamiento. Esta práctica de dominar pero no aniquilar, sino intentar incorporar, tuvo mucho éxito en la política romana, de tal modo que el Panteón romano era inmenso porque iban incorporando nuevas divinidades.



Como consecuencia de la erupción del Vesubio a mediados del siglo I d. de J.C., todo quedó enterrado, lo que permitió que se conservasen muchos objetos, entre ellos los dos “vasos gemelos” de plata, elaborados ambos con un primor exquisito, que se encontraron en Boscoreale, villa cercana a Pompeya, en cada uno de los cuales se pueden contemplar dos escenas²:



La primera escena del primer “vaso” representa la victoria y el dominio de Augusto, quien se encuentra en el centro, sentado, sobre un pedestal, es decir, elevado por encima de los demás y con una bola del mundo en la mano; el hecho de ser el único que se permite estar sentado mientras los demás permanecen de pie, supone un signo de poder y de dominio. A su derecha está un centurión, quizás el dios Marte, que le trae a tres figuras -posiblemente representan a tres naciones conquistadas- y que, con la cabeza agachada, vienen a presentar sus respetos al emperador, lo que, según parece, hacen voluntariamente.

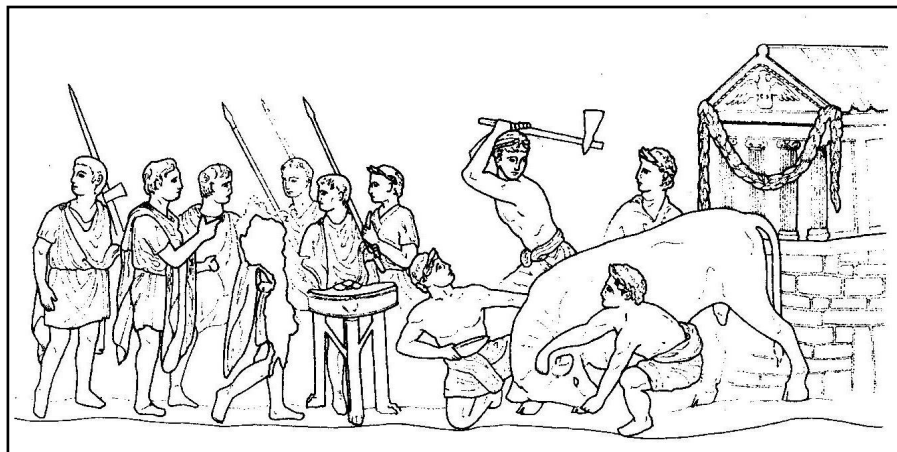
² En el libro “En busca de Pablo”, de J. D. Crossan, biblista y J. L. Reed, arqueólogo, se pueden encontrar estas imágenes. La conjunción de ambos autores tiene un cierto interés, si bien el libro adolece de un escaso conocimiento teológico que se manifiesta a la hora de hacer algunas interpretaciones.

Esto forma también parte de la teología imperial: la dominación y el control hace que asuman, reconozcan y acepten voluntariamente el poder de Roma y del emperador como señor del universo, razón por la cual vienen a presentarle sus respetos. A su izquierda está la diosa Roma, en pequeñito el dios Eros y, lo que resulta más interesante, la diosa Venus también en el centro, inmediatamente cercana a Augusto, le presenta una pequeña figura alada, la diosa Victoria.

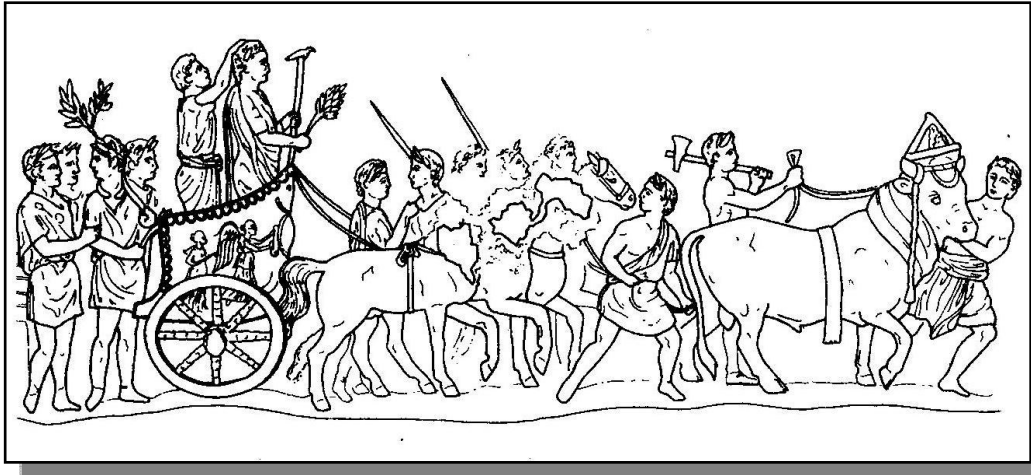
Augusto tiene la bola del mundo en su mano, -es señor del mundo- y Venus le da la victoria sobre el mundo; las divinidades del Panteón grecorromano presentan a Augusto sus respetos y lo reconocen como señor del Cosmos. Es una pequeña parábola de la teología imperial comparable con cualquiera de las imágenes de nuestras catedrales.



En la segunda escena aparece también Augusto, de nuevo sentado y sobre un pedestal; en esta ocasión está rodeado de militares, signo de cómo se mantiene la *pax romana*, a través del ejercicio de la violencia, del dominio y del poder. Aparecen unos personajes barbados -es decir bárbaros- que, precedidos por un militar que les señala a Augusto, vienen a presentarle -parece que también voluntariamente- sus niños al emperador; éste les acoge con sus manos, lo que indica su benevolencia con los dominados y conquistados; todos los abajados, los que se humillan ante él y reconocen su poder, son reconocidos e incorporados por Augusto.

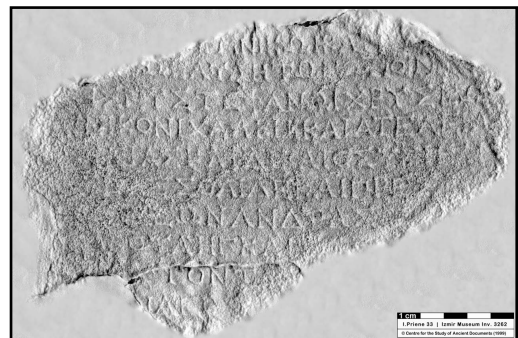


En la primera escena del segundo “vaso”, se puede ver al emperador Tiberio, posterior a Augusto, de quien se quiere destacar su devoción, y su apoteosis divina. La devoción de Tiberio se representa en una imagen³ en la que, aparece ante un altar móvil de tres pies, en el que, según la costumbre, se va a ofrecer el sacrificio de un buey; Tiberio va a presentar el sacrificio, demostrando así su devoción a las divinidades.



En la segunda escena vemos cómo su devoción va a ser premiada con un gesto en el que a Tiberio –que está en un carro tirado por caballos– se le coloca la corona laureada como signo de su divinidad, porque ha manifestado su devoción y su piedad. Las divinidades le reconocen así su lugar en el panteón divino.

Cercana a Éfeso, capital del Asia Menor, está la famosa ciudad de Priene, cerca de la cual, en el *Buleterion*, próximo a su vez al ágora, se encontró una piedra con una inscripción perteneciente al año 9 a. J.C. En ella se puede leer el siguiente texto: *Puesto que la providencia, que ha ordenado divinamente nuestra existencia, ha aplicado su energía y celo y ha dado vida al bien más perfecto, a Augusto, a quien colmó de virtudes para beneficio del género humano, otorgándonoslo a nosotros y a nuestros descendientes como nuestro salvador, él que puso fin a la guerra y ordenará la paz, César que, mediante su epifanía, excedió las esperanzas de quienes profetizaban el evangelio; y, puesto que el cumpleaños del dios trajo primero al mundo el evangelio que redime en él, por esa razón, con buena fortuna y seguridad, los griegos de Asia han decidido que el año nuevo debe empezar en todas las ciudades el 23 de septiembre, el día del cumpleaños de Augusto.*



Como ven, esta inscripción tiene una densidad teológica que, a cualquiera de nosotros, le parecería un texto de alguno de los primeros Padres, aplicado a Jesús.

³ Es una imagen que está prácticamente borrada, no sabemos si por deterioro o porque alguien quiso eliminar la figura de Tiberio para borrarlo de su memoria. En el devenir de la historia encontramos muchos ejemplos semejantes: en obras de arte que representan a personajes especialmente infaustos, éstos son borrados de la imagen para intentar eliminar su memoria.

Cuando Dionisio El Exiguo, decide que el año del nacimiento de Jesús sea el comienzo para contar del tiempo, elabora un texto similar al que va entrecomillado anteriormente.

En el momento en que Pablo llega a una ciudad, Filipos, Tesalónica, Corinto..., y anuncia un evangelio, lo que los destinatarios conocen como tal, son las proezas del César, que mantiene este mundo en perfecto orden.

Tal es así, que la alteración del emperador y el no reconocimiento de su divinidad podría devenir en desequilibrio cósmico y en quién sabe qué tragedia para cualquiera.

Hablar de “un nuevo evangelio”, “un nuevo Señor”, “una nueva paz”, “un nuevo salvador”, “una nueva epifanía”, “una nueva perfección”... suponía una agresión cultural y política. Pablo tuvo que arreglárselas para que el evangelio del que él hablaba, corriera de boca en boca, muy poco a poco, y más bien en los márgenes; ya que, de llegar a ser conocido por las autoridades romanas, hubiera ocurrido mucho antes lo que ocurrió más tarde. Porque el anuncio de “un nuevo evangelio” se identificaba, y así ocurrió, como un desafío al evangelio del emperador, que dice que su nacimiento trajo la paz al mundo. Según la teología imperial, todos le debían al emperador el equilibrio del mundo en el que vivían, y todos debían someterse a él para vivir en paz; alterar esto es una amenaza del equilibrio y un grave riesgo.

El culto al emperador no tenemos que verlo como una religión, ni como una política, porque era ambas cosas juntas; un modo de propaganda imperial y un modo de control político religioso, que no se pueden separar en ese tiempo. Lo político y lo religioso formaban una unidad; por tanto, no exigía una fe, un credo; no era contrario a otros cultos, ni impedía que se participase en ellos, siempre y cuando reconocieran la divinidad del César o del emperador.

El monoteísmo era muy peligroso; como bien saben los judíos tuvieron muchos problemas por esta causa. Y lo que hace Pablo al proclamar a un único Señor, además crucificado por el poder romano, es un verdadero desafío. Él no lo desconoce y por esa razón su estrategia va a ser muy cautelosa.

El culto al emperador como propaganda imperial, como rito y como mito, va a configurar el mundo, es decir, va a permitir que todos los que participan en esas celebraciones masivas se sientan parte del mundo controlado por el César y en paz gracias a él. En esos ritos, y en la narración de los mitos que pronto proliferaron, uno se sentía parte de ese mundo, y no era fácil desprenderse de esa visión porque suponía renunciar a parte de la propia identidad. Por tanto, no resultaba fácil aceptar lo que Pablo proponía porque, para ello, era necesaria esa renuncia.

El emperador representaba una garantía y era un catalizador del equilibrio del cosmos; por su exaltación, por su divinidad, era un mediador entre el mundo del más allá y el mundo del más acá; lo incontrolable y lo controlable. Los títulos que se dan a Augusto y a los demás emperadores no son nada despreciables; tienen además, un contenido teológico de enorme profundidad: Señor, dios, hijo de dios, salvador, padre de la patria, “*pater patriae*”...

De hecho, gestionaba el Imperio como un padre de familia, gestionaba su casa, es decir, el Imperio va a ser una reproducción del modelo patriarcal de la casa, y la casa, una reproducción del modelo patriarcal del Imperio. El emperador garantiza el equilibrio del Imperio y del mundo, del mismo modo que el padre, el varón, garantiza el equilibrio de la casa; porque, si la casa estuviera regida por la mujer, por los hijos o por los esclavos, sería, desde el punto de vista patriarcal, un enorme descontrol, un absoluto desequilibrio.

El nacimiento del emperador se recibe como buena noticia y, en muchas estelas, aparece el evangelio del emperador: su nacimiento, sus gestas, sus victorias, que son narradas de boca en boca como una buena noticia. El emperador es el que ha vencido a otra nueva nación, la ha incorporado; el emperador es el que domina el tiempo, la tierra y las naciones; el que las somete pero no las aniquila, como decía antes. Dentro de esa teología imperial, el culto al emperador va a ser una parte del control político y, ambas cosas unidas, el sometimiento que garantiza la paz; evidentemente, la paz de los subordinados a los que tienen poder.

La divinidad del César se manifiesta con los rasgos que hemos visto antes en las estatuas del Sebasteion: la devoción, la guerra, la victoria y la dominación; evidentemente, no se manifestarían con debilidad ni con entrega, ni con misericordia... Esa condición divina del emperador es la que va a exigir de los controlados y subordinados el movimiento inverso, es decir, la humillación y el hundimiento, para poder acogerlos, siempre en la absoluta distancia. Se subraya siempre la exaltación a través del control, la violencia y la victoria del emperador, y la humillación de los derrotados. En la medida en que se es capaz de acoger esas dos categorías, el mundo estará en equilibrio y en paz; de lo contrario, se pueden generar muchos problemas. Repito, la devoción y la victoria son las que les darán categoría divina; insisto en esos términos, porque son los que luego utilizará Pablo.

4. *El evangelio de la cruz y el Crucificado*

Vamos a tomar únicamente el texto de Filipenses 2,6-11, que ya conocen:

*Cristo, siendo de condición divina,
no retuvo ávidamente el ser igual a Dios,
sino que se despojó de sí mismo,
tomando condición de siervo,
haciéndose semejante a los hombres,
y apareciendo como hombre.
Y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte,
y muerte de cruz.
Por lo cual, Dios lo exaltó
y le otorgó el nombre que está sobre todo nombre,
para que al nombre de Jesús
toda rodilla se doble,
en los cielos, en la tierra, en los abismos,
y toda lengua confiese que Jesús, el Mesías, es Señor,
para gloria de Dios Padre.*

Como ven, este texto plantea un evangelio radicalmente diferente al que todos los destinatarios de la misión de Pablo habían escuchado y, lógicamente, la primera reacción es de rechazo, porque no encajaba en la categoría divina alguien de quien se resalta precisamente su humillación, su abajamiento, su debilidad, su esclavitud, su muerte vergonzosa en cruz... ¿Qué valor puede tener esto? Voy a comentar algunos aspectos para entenderlo.

Así como otras ciudades de la misión paulina estaban más controladas por las élites locales griegas, Filipos era una ciudad especialmente dominada por el poder romano. Un dato nada desdeñable es que Pablo escribe el texto de Filipenses desde la cárcel; las autoridades le han apresado precisamente por haber anunciado este evangelio; es decir, en ese momento, se da, necesariamente, una identificación entre lo que él cuenta de Cristo y lo que está sufriendo. Esa identificación de Pablo con Cristo va a ser muy frecuente en la literatura paulina; lo podríamos ver en otros textos, como Flp 1, 28-30.

En “la llamada cristología del himno”,⁴ se presenta la primera reflexión, no tanto sobre ¿quién es Jesús? sino sobre ¿cómo es Mesías?, de tal modo que a la primera pregunta se llegará por medio de la segunda. Todo el evangelio de Marcos podríamos leerlo como un intento de responder a esta cuestión porque, en realidad no se cuestiona que Jesús sea Mesías, sino ¿qué se entiende por Mesías? y ¿qué significa que Jesús es Mesías?

Lo que se describe en el himno es el proceso de abajamiento y ensalzamiento, para responder a la pregunta sobre la identidad de Jesús.

Jesús es de condición divina, igual a Dios; se vacía y no retiene ávidamente para sí esa condición, sino que acepta y asume la condición de esclavo. Se presenta con forma de esclavo, igual que antes se había presentado con forma divina. El paralelismo está mostrado de modo que, el no retener la condición divina, sino asumir la de esclavo, tiene su punto culminante en el final del versículo 8: la mención de la cruz. Jesús, no sólo asume condición humana, de siervo, lo cual ya supone un mayor abajamiento, sino que acepta la máxima humillación posible, morir del modo más vergonzoso que cabía en el imperio romano, la exhibición pública del cuerpo muerto en la cruz.

Pablo no va a ocultar la vergüenza de la exhibición pública; de hecho, hay un texto en la Carta a los Romanos (3,25) en el que afirma que *todos pecaron y están privados de la gloria de Dios; pero son justificados por el don de su gracia, en virtud de la redención realizada en Cristo Jesús, a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación por medio de su sangre*. Pablo interpreta la cruz como una exhibición por parte de Dios, y esto, que podría parecer cruel y dar lugar a interpretaciones absurdas, lo que en realidad refleja es que, por parte de Dios, hay una intención de mostrarse ahí, no en otro sitio, en ese preciso momento.

⁴ Se han escrito muchos libros en torno a la llamada “cristología del himno”, uno de los textos más antiguos, que no compuso probablemente Pablo, sino que lo toma de la tradición; por tanto es prepaolino.

A Pablo se le caen absolutamente todos los esquemas cuando descubre que es en ese preciso momento y no en otro -como la resurrección o la encarnación- cuando Dios decide revelar con toda claridad quién es.

La cruz, el punto de mayor abajamiento posible, viene a ser un punto culminante, porque ella nos habla del modo de ser hombre de Jesús, y de su modo de ser Dios. Pero también -y esto tiene, evidentemente, muchísima más trascendencia- la cruz está hablando de cómo es Dios y de cómo es el hombre que cree en Dios.

Por tanto, el punto central de este himno no sería el de la cristología, es decir, ¿quién es Jesús?; ni siquiera ¿cómo Jesús es Mesías?, sino que lo verdaderamente transformador de este texto, y más cuando lo ponemos en comparación con todo lo que hemos dicho, es que nos revela quién es Dios.

La condición divina se abandona, se vacía -la *kénosis*- y asume la condición, no sólo humana, sino de siervo, de esclavo; más aún, muriendo en la cruz del modo más vergonzoso que cabe. Por eso dice el himno que *Dios lo ensalzó y le otorgó el nombre sobre todo nombre, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble, en los cielos, en la tierra, en los abismos, y toda lengua confiese que Jesús, el Mesías, es Señor, para gloria de Dios Padre.*

Como vemos al final del himno, *Jesús es Señor -Jesús Kyrios*, en griego-. Ésta es, probablemente, la fórmula de fe más antigua y más breve del cristianismo primitivo.

Si este proceso de abajamiento y ensalzamiento no afectara para nada a Dios Padre -que está por encima-, ni al hombre, la persona -que está por abajo- ni el himno diría nada, ni el acontecimiento de Cristo hubiera servido para nada. Si la descripción de quién y cómo es Jesús no afectara a la teología, este himno sería inútil y el acontecimiento de Jesús no sería redentor.

Pablo descubrió que la cruz de Jesús era un acontecimiento teológicamente revelador de quién es Dios; su comprensión de la cruz le lleva a descubrir en ella a un Dios que no ha retenido para sí su divinidad, sino que ha renunciado a ella; un Dios que se da todo, despojándose de todo aquello que le pueda alejar del hombre; no es un Dios que exige o acepta el sacrificio absoluto; no es un Dios que aplaca su ira con la sangre de su Hijo, el más querido; para Pablo eso es una barbaridad.

Ese Dios Padre, comprendido así, es el que se le acerca a Pablo en su comprensión de Jesús, al que muestra como alguien que no guarda nada para sí, que no niega el destino que le toca, sino que lo acepta porque, si eso ocurre respecto a la figura de Dios, lo mismo toca a la figura de la persona, que queda afectada, necesariamente, por una nueva antropología: asumir el propio vaciamiento, no por ascesis ni por exigencia de Dios -que podría estar bien- sino porque así es Dios; un Dios que se ha dado totalmente y no se ha reservado nada para sí. Un Dios que se ha volcado sobre Pablo y sobre todo creyente, para acogerlo como es.

Esto es algo absolutamente incomprensible desde la teología imperial y el culto al emperador, quien aspiraba al control, a la violencia y a la dominación para su exaltación.

La cruz es el punto de partida de la reflexión teológica de Pablo y del cristianismo primitivo. A Pablo no le importa nada lo que Jesús dijo e hizo, porque la cruz le revela verdaderamente, quién es Jesús y quién es Dios. La cruz le habla de la manera de ser de Dios, de su comprensión, de su solidaridad, de su acogida... Esta categoría teológica, aplicada a la ética paulina va a ser revolucionaria, porque Pablo dirá que el malo no es rechazado sino acogido por un Dios que se ha vaciado de todo lo que le impide relacionarse con el hombre, y que acoge tanto al bueno como al malo; son ellos quienes, tras esa acogida, verán cómo responden; sin una acogida así, no hay conversión.

El abajamiento y ensalzamiento van a hablar, no sólo de Dios, sino de la persona; hay una consecuencia antropológica y, por tanto, la cruz va a proponer un camino de actuación personal: si Dios es así, si Dios me ha acogido así, ¿cómo no voy a intentar imitar a Dios así? No por exigencia para ganarme a Dios que, desde el punto de vista paulino sería una aberración y una desgracia, como dice en la Carta a los Gálatas: *Porque a Dios no me lo puedo ganar jamás; es Él el que me ha ganado para sí y yo no puedo hacer nada por ganármelo, nada.* Lo repetirá continuamente.

La cruz se convierte en clave hermenéutica para descubrir quién es Dios. En la cruz, Pablo y todo creyente, debería descubrir el rostro de Dios que aparece tras ella y el ser de Cristo, la identidad del que ha comprendido a Dios tan magníficamente que no puede sino imitarlo a la perfección; así lleva su entrega hasta el final y así es como mejor refleja el rostro de Dios.

¿Qué Señor es y qué poder tiene Jesús crucificado, humillado? ¿Qué Dios es el Dios de Jesús?

Son las dos preguntas que quedan tras el anuncio paulino; si se quedaran con ellas los que escuchaban a Pablo conociendo el Sebasteion de Afrodiasias y los que me están escuchando a mí, sería suficiente.

Muchas gracias.

DIALOGO

P.- *En su exposición se ha referido a la contraposición de la religión imperial con la teología de la cruz paulina. Convendría subrayar también la oposición entre Jesús y la Ley. ¿Jesús murió víctima de la Ley?*

R.- Efectivamente, se podría haber enfocado así, y sería tema para otra conferencia. Pablo pertenece a dos mundos, el que yo he intentado tratar, al menos de modo muy puntual, y el mundo judío, que tampoco es ajeno a éste, pero que, cultural y religiosamente, es muy diferente. Ahí Pablo va a aportar unas lecturas que tienen un significado y unas consecuencias enormes.

Respecto a que Jesús murió por la Ley, apuntaría algunos autores que no estarían muy de acuerdo con eso; uno de ellos, en varios de sus libros, muestra cómo es muy difícil justificar que la Ley exigiese la muerte de Jesús.

Es fácil utilizar la Ley como excusa y como acicate para una decisión previa; pero justificar que en el anuncio de Jesús hay un menosprecio de la Ley o que su muerte se deba a la condena de la Ley, serían cuestiones que nos llevarían para discutir largo y tendido. Es un tema muy interesante, pero yo aquí sólo quería resaltar que, en uno de los aspectos, Pablo ofrece una novedad, y con los judíos va a tener que ofrecer una novedad reformulada de modo muy diferente, por ejemplo, la Carta a los Romanos.

P.- Usted ha insistido, no tanto en quién es el Mesías Jesús, sino cómo es Jesús Mesías, como un proceso. También ha subrayado la importancia de la experiencia personal de Pablo; y yo pondría de relieve la experiencia de cada uno

R.- Yo creo que la cuestión del ¿cómo...? es un punto de enorme trascendencia porque, si Dios ha elegido revelarse en la cruz, es porque sólo ahí ha descubierto que el hombre es capaz de percibirle en su verdadera identidad. Es verdad que en las Cartas de Pablo, éste menciona, tanto la muerte en cruz como la resurrección, pero no siempre las coloca como dos elementos de igual categoría teológica porque para Pablo no lo son; para él, el acontecimiento de la cruz es de una densidad teológica mayor que el de la resurrección, la cual sólo confirma lo que en la cruz acontece. Si se lee todo seguido el evangelio de Marcos, el momento de la revelación, la verdadera confesión de fe, se produce en la cruz, cuando Jesús ha muerto, no cuando ha resucitado y se aparece glorioso ante sus discípulos –que no lo hace- La identidad de Jesús y la revelación de Dios acontecen en la cruz, y el modo como Dios se revela es fundamental para descubrir quién es, porque no es el mismo Jesús ni es el mismo Dios, según dónde lo mires y dónde lo descubras.

Efectivamente, es cuestión de experiencia; la de Pablo fue haberlo descubierto en la cruz y sería interesantísimo sondear, por ejemplo, en los testimonios en los que Pablo habla de su experiencia de vocación donde el punto central es la cruz, qué es lo que descubre en ella. El modo de ser de Dios, y el modo de revelar Jesús a Dios en la cruz, no es algo banal, sino una clave hermenéutica que no podemos descuidar, absolutamente contraria, además, a la que estaban acostumbrados a escuchar la mayor parte de los judíos, aunque había tradiciones mesiánicas, muy cercanas a ésta que hemos visto, de los cristianos, - desde luego, no del mundo pagano, excepto algunas excepciones- que también sería interesante ver, que tienen que ver con las religiones místicas, en que si había dioses que padecían y por su padecimiento ofrecían ciertas alternativas al sufrimiento y a la desesperanza del hombre... Pero eso sería otra cuestión.